

**3. CENTROS EDUCATIVOS****FICHA 3****¿CÓMO HACER PARA SOBREVIVIR CON UN SALARIO MÍNIMO?**

*(Lagoa, A, 1985)*

*Durval es el típico brasileño pobre y tiene cuarenta años. Probablemente le queden otros ocho años de vida, o tal vez solamente dos si vive en el nordeste. Es posible que muera de neumonía, sin médicos ni medicinas, y también sin tumba.*

*Si tiene hijos crecerán y serán obreros como él, semianalfabetos, anémicos y con la vista defectuosa. Tal vez ni siquiera lleguen a vivir tanto tiempo como su padre. Tendrán que viajar varias horas por día para ir a su trabajo - si encuentran trabajo - . Si no encuentran empleo, terminarán siendo pordioseros o ladrones.*

*Su hija se casará con un obrero o con alguien metido en algún negocio ilegal. Aunque joven, ella parecerá vieja. Tendrá hijos flacos y mal alimentados a los que tratará de criar trabajando como lavandera. Si tiene suerte, entrará a trabajar de sirvienta en una casa de clase alta o media. Sin embargo, no dispondrá de guardería donde dejar a sus hijos. Estos se tendrán que quedar solos en casa, con un poco de comida fría en la mesa. Encontrarán algún modo de escaparse aunque se cierre la puerta con llave, y se irán a vagar por las calles y los campos sin que nadie los vigile. En la gran ciudad, muy pronto se pueden convertir en rateros o carteristas, arriesgando su vida por unos pocos centavos.*

*A Durval podemos encontrarlo en cualquier tren de periferia. Tal vez vaya en camiseta, a causa del calor sofocante, llevando bajo el brazo una olla de hojalata envuelta en papel de diario o tal vez lleve una chaqueta vieja y raída que abriga poco y que le regaló algún expatrón de su esposa. En una vieja maleta, encontrada en la basura, puede llevar un sándwich y una botella con café frío o un pequeño pote lleno de macarrones con tocino.*

*Tiene sueño y a duras penas puede seguir la conversación de sus vecinos. Están hablando del partido de fútbol del día anterior. Pero en casa de Durval hace meses que cortaron la luz, así que no le importó vender un buen día su radio. Este puede ser su primer día de trabajo en una fábrica de muebles o el último en una planta metalúrgica.*

*Son las cinco de la mañana y todavía le queda una hora de tren. Si viajara en autobús sería aún peor. Tendría que pagar 1060 cruzeiros por viaje. Cuarenta viajes a ese precio consumirían dos terceras partes de su salario mínimo. Su estómago rechina y sus piernas temblequean, la tórrida brisa que sopla a través de un sobrecargado tren lo pone enfermo.*

*La única cosa que lo saca del sopor es el sonido del pito de la fábrica. Si llega cinco minutos tarde, no sólo perderá paga del día, sino además la del domingo. Y encima tiene que buscar la forma de ir al lavado antes de que el jefe de sección le empiece a gritar. Como es analfabeto, no puede darse cuenta de que en el diario que está leyendo su compañero de viaje anuncian un ajuste del salario mínimo. En definitiva, poco importa que sepa cuánto aumenta el salario mínimo, porque el resultado es el mismo: seguirá siendo insuficiente para mantener a sus cinco hijos.*

*Lo que sí sabe es que el alquiler de su tugurio aumentará, lo mismo que la carne y la leche (que ya hace algún tiempo que no compra), y que el dinero no le alcanzará para pagar la atrasada cuenta de la electricidad. Tampoco le dará para pagar la cuenta del almacén, por lo que su esposa e hijos tendrán que revolver basura en busca de algún resto de comida. Su situación se agrava aún más por el hecho de que la calidad de la basura se está deteriorando con mayor rapidez incluso.*

*Durval no puede asegurarlo, pero tiene la impresión de que la cantidad de materia orgánica en los vertederos de basura de las grandes ciudades disminuye año a año. En Río de Janeiro, por ejemplo, en 1970 cada metro cúbico de basura contenía un 43,8% de materia orgánica (es decir, "comestible" para la población marginal). En 1980 esa proporción había bajado al 36,7%. Aunque Durval se considera así mismo el más miserable de los seres, nunca pensó en suicidarse. Lo que sí pensó fue en irse a otra ciudad.*

*Lo que Durval tal vez ignora es que familias como la suya recorren los vertederos de basura de todas las grandes ciudades. En todas ellas, niños miserables, mujeres y hombres patrullan los fétidos montones en busca de restos de carne enmohecida, bizcochos agusanados o fruta podrida. Una mezcla que no sirve para alimentar cerdos, pues causa diarrea, a veces fatal - especialmente en los niños pequeños -, pero que tapa el agujero de sus estómagos.*

*En estos lugares uno también puede encontrar objetos útiles. Trozos de muebles, almohadones, ollas viejas, envoltorios, papel y cartón. Si no los usan en sus casas, son vendidos por piezas o al peso a las plantas de reciclaje. Los que sobreviven de este modo no se sienten avergonzados. En su situación actual, caer más bajo aún significa robar. Al menos, ahora sólo se apropian de aquello que los privilegiados han desechado.*

*Subsistir gracias a la búsqueda en los bidones de basura no es el único recurso posible para una familia cuyos ingresos se limitan al salario mínimo. Un día señalado en sus vidas es el día del mercado al aire libre. Lo que recogen al final de ella estos obreros de la higiene urbana es lo más selecto en materia de desechos orgánicos. Todo está casi fresco y no ha pasado por los camiones recolectores ni ha estado días y días expuesto al sol y a la lluvia. Los vendedores tiran fruta aplastada, trozos de carne y verdura marchita. Es una fiesta. Uno puede probar de todo: naranjas que han perdido la vitamina c tras haber permanecido cortada desde las siete de la mañana para servir de muestra, piel reseca de gallina contaminada por las moscas, hojas amarillentas de repollo, etc. A pesar de todo, el día del mercado es una fiesta celebrado en millones de hogares brasileños diseminados en las grandes ciudades.*

*A las once de la mañana suena la sirena de la fábrica donde trabaja Durval, anunciando la hora del almuerzo. Si la fábrica está bien equipada quizás tenga una cocina donde calentar su almuerzo; si no, tal vez use un pequeño calentador de alcohol. En el peor de los casos comerá su comida fría agachado junto al muro exterior mientras los que están en mejores condiciones aprovechan el tiempo pateando una pelota en la cera o incluso entre los coches, en la calzada. Sus compañeros siempre llevan el mismo menú: arroz con judías o macarrones o una mezcla de los tres.*

*Existe un mito que dice que los brasileños pasan hambre porque no saben comer. Pero la mayoría de los expertos en nutrición han llegado a la conclusión de que esta dieta no es realmente mala si se la complementa con algunas proteínas animales, tales como huevos o carnes. Si no es así, se necesitaría comer un kilo de arroz, tres de judías y dos de macarrones. Nadie come tanto, por lo que en las ciudades del sur de Brasil una de cada dos personas padece desnutrición.*

*Después de trabajar, Durval regresa a su casa tan cansado que no tiene fuerzas ni para ir a buscar el agua que necesita para lavarse con una esponja. Toma un poco de café recalentado y come algunos trozos de pan duro. Se sienta en la puerta del tugurio a fumar el único cigarrillo que ha comprado, mirando a sus hijos y preguntándose qué suerte les deparará el día siguiente. Parece descorazonado.*

*Su hija mayor regresa de la calle. Se ha pasado todo el día buscando trabajo y no ha encontrado nada. Con dieciséis años, apenas ha completado un año en la escuela pública y casi no sabe ni leer ni escribir su nombre. No tiene cualificación alguna: a lo más que puede aspirar es a algún trabajo manual, y esto ni siquiera en una fábrica, donde se exige haber completado la enseñanza primaria. Sus zapatos son de plástico, probablemente recibidos como pago o encontrados en la basura. Tiene un cabello largo y sin vida y su rostro carece de la gracia de la juventud. Pesa cinco kilos menos de lo que debiera y sus piernas son flacas y arqueadas. Sus dientes, muy defectuosos, no le durarán mucho tiempo. Durval tiene miedo de que tenga que vender su cuerpo, como tantas otras muchachas de padres pobres. Conoce padres que dejan a sus hijas por la mañana en el barrio chino y las recogen al final de la tarde. Igual que si se tratara de la escuela o de un empleo. Esta perspectiva le preocupa.*

*Harapientos, sucios y con olor a sudor, uno a uno, sus tres hijos menores regresan al hogar. Es el final de una jornada empleada en caminar por las calles, golpeando las puertas de las casas para mendigar comida, dinero o ropa, y juntarse con otros niños para vender golosinas en los semáforos a los automovilistas frenados por la luz roja, en revolver los bidones de basura y algunas veces en hacerse amigos en las pandillas de chicos que roban para subsistir. Ninguno va a la escuela. Lo intentaron, pero las escuelas públicas no tenían vacantes. Y aún si hubieran conseguido lugar, tener tres hijos en la escuela significa realizar grandes gastos en materiales escolares, ropa y transporte, así como la pérdida de lo que ellos ganan diariamente trabajando en las calles.*

*Con la parte de las ganancias que le correspondió por la venta de golosinas, el mayor, que tiene trece años, compró algo de pan fresco. Su aroma llega hasta Durval, que tiene que contenerse. Esa comida es para los niños. Los dos menores traen cajas de cartón que serán dobladas y vendidas al peso el sábado; las apilan en la parte de atrás de la vivienda. Dejarlas fuera no se puede, pues seguro que desaparecerían debido a la miseria que reina en esa zona. En la cocina de leña, en la que los chicos ponen trozos de madera encontrados en la basura, la esposa de Durval está cocinando un hueso que compró con el dinero obtenido en la venta de las cosas que encontró en la basura. Tuvo suerte: algunas piezas de metal que vendió a un chatarrero. El hueso enriquece al cazo, al que agrega un puñado de arroz quebrado que encontró en el fondo de una bolsa que la semana anterior trajo del mercado. Hay cerca de un kilo, que tendrá que durar muchos días. Por eso cocina un puñado cada vez.*

*En casa de Durval nadie se sienta a la mesa. No hay manteles floreados ni vajillas ni vasos. Con el caparazón de una caracola marina cada uno se sirve un poco de sopa en un tazón y se va a un rincón a sentarse sobre una caja que hace las veces de mobiliario. Comen en silencio, como cavernícolas, satisfaciendo su instinto natural más fuerte: calmar el hambre.*